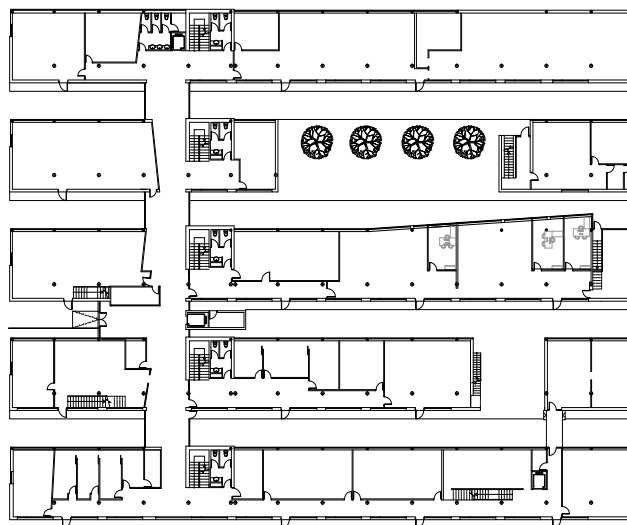


[133]	[135]
[134]	



Se nota, en el mejor sentido, que los autores de estas complejas arquitecturas son profesores de la disciplina que prepara para su oficio. Pues hay en ellas ese punto de lección, ni arrogante ni impertinente, por el que toda arquitectura digna se describe y se explica a sí misma. Es pedagógica por naturaleza, y por arte.

Esto es así, parecen decirnos los edificios. Debe ser así. Como siguiendo los pasos «que hay que dar», según el protocolo heredado de la Ilustración, los arquitectos se someten a un canon seguro de proyecto, que la obra no oculta. Sobre una parcela de 70 por 54 metros al sudeste del campus, cinco alas iguales cruzadas transversalmente en doble peñeta, imponen un orden global, matizado en una segunda escala por variaciones sutiles que las adecuan a las distintas funciones en juego. Y alojan patios abiertos a ambas cabeceras con los que comunican o no según conviene. Esta es la certeza de esta arquitectura, que objetiva en cuanto y hasta donde puede la administración del espacio: por eso es ejemplar. La síntesis rotunda que proclaman los cinco pabellones paralelos se inscribe entre dos análisis: el antecedente del campus, en donde se inserta, y el consecuente a sus propias funciones a las que sirve.

Y estas determinan sus accidentes o variaciones, paramentos que se tuercen, pliegues y escaleras que acometen, huecos en posiciones y dimensiones irregulares, siempre a requerimiento de los usos y nunca más allá de lo imprescindible. Eso asegura la correcta conjugación de plantas, alzados y secciones, coherentes en un mismo concepto, que las perspectivas reales del complejo edificado visualizan in situ, contribuyendo a su fácil e inmediata inteligibilidad.



